

sumo bien; es la felicidad suprema que solo puede encontrarse en el cielo, y entonces, y nada mas que entonces, se cumplirá esta plegaria que Jesucristo nuestro divino Salvador dirigia á su eterno Padre en la noche de la cena: «Padre mio, quiero que aquellos que tú me diste, todos tus escogidos, estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria que tú me diste, para que tengan tambien parte en mi eterna felicidad, y que me vean en los cielos sentado á tu diestra en aquella gloria que amorosamente me destinaste antes de la creacion del mundo:» *ut videant claritatem meam, quam dedisti mihi; quia dilexisti me ante constitutionem mundi.* Ya comprendereis que el Señor ha obrado en la Asuncion de su Madre Santísima cosas admirables; pues tambien las obrará con nosotros enviando sus ángeles para que reciban nuestras almas y las acompañen á las celestes mansiones de la gloria: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* Pasemos á estudiar cómo se logra esta inefable y suprema felicidad, en lo cual María será nuestra Maestra.

II.

«Entiendo, dice el apóstol San Pablo, que no son comparables los trabajos de este tiempo, de la vida presente, con la gloria venidera, infinita y eterna que se manifestará en nosotros. Hijos de santos somos nosotros, habia dicho mucho tiempo antes el justo Tobías, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios á los que nunca mudan de Él su fe,» á los que perseveran hasta el fin en la fidelidad que le tienen prometida;» *qui fidem suam nunquam mutant ab eo.* Si esperamos con fundamento, A. H. M., una vida imperecedera y santísima, que en nada se parece á la vida presente, y para conseguirla se necesita fidelidad y sacrificios de nuestra parte, sacrificios y fidelidad que nuestra gloriosa Madre María nos ofrece en su admirable vida, y con los que ha

comprado la bienaventuranza, creo nos bastará para alcanzarla suspirar ardientemente por esta felicidad, reflexionar atentamente sobre la vida de María, y caminar con fidelidad sobre las sendas que nos ha trazado, y así como el Señor obró con Ella cosas grandes en su Asuncion, las obrará tambien con nosotros en la hora de nuestra muerte: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¿Qué calificacion dariais, A. H., al hombre que, hallándose entre cadenas en un calabozo, no deseara romper los hierros que por largos años le tienen aprisionado? ¿Qué diriais de aquel que, desterrado por mucho tiempo de su patria, sufriendo las privaciones consiguientes á una tierra extranjera, y teniendo esperanzas de volver á su querida patria, no suspirara por el momento de restituirse á su país, y gozar de las puras alegrías del hogar en que nació? Le llamariais cuando menos insensato. Pues harto insensato es el cristiano que no aspira incensantemente por el momento dichoso en que rompa las ligaduras de la carne que aquí le detienen en tristísimo calabozo, y por el dia feliz en que deje este valle de lágrimas para restituirse á la patria celestial que es de donde procede. ¡Ah! ¿es posible que el hombre se encuentre bien avenido en un mundo que ejerce sobre él una tiranía insoportable, que á cada paso lo pone á riesgo de perder su inocencia, y las virtudes que ha conquistado en fuerza de penosos sacrificios, y que conserva con grandísimo y constante trabajo y diligencia? ¿de un mundo que lo esclaviza con sus placeres, que lo seduce con sus espectáculos, que le tiende asechanzas con los peligros innumerables que le ofrece á cada paso? Por esto nuestro celestial Maestro Jesus decia á las muchedumbres que le escuchaban: «Buscad primeramente, esto es, ante todas cosas, con preferencia á todo, como vuestro principal y último fin el reino de Dios, el reino de los cielos, la vida eterna prometida por el Señor á los elegidos:» *querite primum regnum Dei.* Quería, y quiere nuestro di-

vino Salvador que suspiremos continuamente por aquella felicidad, por aquella paz inalterable que no puede dar el mundo, y que hacía decir á David animado por la santa esperanza y por los deseos vehementísimos de obtenerla: «Yo seré saciado cuando apareciere tu gloria; yo cuando te vea cara á cara me saciaré, y seré perfectamente iluminado de tu gloria:» *satiabor cum apparuerit gloria tua*. Y en otra ocasion se espresaba de esta manera tan vehemente espresando su anhelo por la pátria celestial, como entienden muchos intérpretes sagrados:» A la manera que el siervo desea y se apresura para llegar á las fuentes de las aguas agitado por el calor y por la persecucion de los cazadores para apagar su sed; así mi alma afligida por las tentaciones del demonio y por los males del siglo, desea llegar hasta ti, oh Dios, que eres única fuente de misericordia y de dicha: *ita desiderat anima mea ad te Deus*; sedienta está mi alma, y grandemente desea en esta peregrinacion ver al Dios fuerte, vivo, porque deseo disolverme, y estar con Cristo; ¿pero cuándo llegaré, cuándo acabará mi peregrinacion, y apareceré ante la cara y en presencia de mi Dios y Redentor?» *quando veniam, et apparebo ante faciem Dei*. Ved, pues, si estas ó semejantes aspiraciones y las que tuvo la Santísima María antes de su Asuncion á los cielos no son un medio conveniente para que alcancemos la gloria eterna.

Empero no es bastante ese deseo ardentísimo de gozar de Dios con María en la pátria celestial. Este Señor, no se limitó á decirnos que buscásemos su reino; añadió tambien que buscásemos y practicásemos su justicia: *querite primum regnum Dei, et justitiam ejus*. Es preciso no separar estas dos cosas que están intimamente unidas entre sí. Es preciso desear y buscar el cielo; pero es necesario además amar, buscar con incansable afan, abrazar y practicar la justicia, la santidad, las virtudes y las buenas obras: *querite primum regnum Dei, et justitiam ejus*. «Es una ilusion demasiado

grosera, dice un escritor querer obtener el cielo sin merecerlo por una vida santa, pura y llena de buenas obras. Y sin embargo, obra y se conduce el hombre como si estuviera seguro de alcanzar el cielo sin la práctica y el ejercicio de las virtudes.»

Pues bien, A. H.; si reconocemos esa imperiosa necesidad de huir el mal y practicar el bien para llegar á la posesion de la eterna felicidad como recompensa de todos nuestros trabajos y sacrificios: *merces vestra copiosa est in caelis*, estudiemos la vida de María nuestra Madre, y reflexionemos sobre ella, y sigamos las sendas que nos ha trazado, y que seguramente conducen á la eterna morada adónde ha llegado en el dia venturoso de su Asuncion. Muchos siglos hace que el profeta de las Lamentaciones deploraba amargamente los males de su pueblo, atribuyéndolos á la falta de meditacion acerca de nuestras postrimerias: «Enteramente ha sido desolada toda la tierra, decia, porque no hay ninguno que considere en su corazon:» *quia nullus est qui recogitet corde*. ¡Ah! si pensáramos seriamente sobre la admirable vida de la Virgen excelsa Madre de Dios, este pensamiento nos haria comprender la inmensa distancia que nos separa de nuestra bendita Madre, y comprendiéndolo ¿quién sabe si nos decidiriamos á practicar sus virtudes? y practicándolas ¿qué fácilmente caminaríamos por las sendas que conducen á la morada de los Santos, donde hoy goza de la mas cumplida y dichosa felicidad!

Al llamar vuestra atencion sobre estas virtudes, A. H. M., yo no pretendo, ni mucho menos, reproducir lo que habeis aprendido, ó al menos habeis recordado de esas virtudes en muchos dias de este mes que consagramos al culto de María. Pretendo únicamente advertiros que si bien es verdad que esta Señora ha llevado todas las virtudes al mas alto grado de heroismo que no puede menos de cautivar nuestra admiracion, tambien es muy cierto que María ha sabido conservar

á sus virtudes aquel carácter de sencillez que las hace imitables á todos y que cuando nuestra piedad quiera estudiarlas, y pensar en ellas con seriedad nos convenceremos que, por sublime que ellas sean, pueden todas tener aplicacion en nuestra conducta, y con el auxilio divino practicarlas, y con ellas facilitar nuestra entrada en la morada de los goces verdaderos é inmortales. La Santísima Virgen María, á la vez que es la Madre de Dios, y por consiguiente lo mas elevado que existe fuera de Dios, es tambien nuestra Madre, y no solo nuestra Madre, es tambien nuestra hermana, de nuestra misma naturaleza, tiene el mismo origen que nosotros pues descendié segun el órden natural de un mismo padre, por mas que en el órden sobrenatural diste extraordinariamente de nosotros. Pues bien; podemos, H. M., asistidos de la gracia divina seguir é imitar á María en las sendas apacibles de las virtudes por donde anduvo durante toda su vida para dirigirse al cielo, adónde tambien nosotros debemos eneaminar todos nuestros pasos.

Para llegar á tan alto fin la religion no ha podido proponernos nada mas bello ni conveniente que el ejemplo de María nuestra Reina y nuestra Madre; porque Ella es el espejo de la justicia y de la piedad, la imágen mejor acabada de la santidad, la forma mas completa de todas las virtudes para todas las edades, para todos los estados, para todas las condiciones de la vida; su celo y su fe es la regla de los apóstoles, su constancia, su caridad, su paciencia y su esperanza es la medida de estas virtudes que ejercitaron particularmente los mártires; su pureza, su modestia, su amor á la pobreza son el verdadero tipo de las vírgenes, y su vida toda hasta en sus menores detalles es el modelo perfectísimo de todos los fieles. «El sol, ese astro gigante, dice un escritor, no quiere dejarse mirar cara á cara por los ojos humanos; pero él nos da un reflejo de su luz en la luna y en las estrellas. Así Dios, que por su naturaleza es incomunicable,

nos da en la Santa Virgen una manifestacion terrestre de su soberana perfeccion. Porque Ella es la moral en accion, ó el Evangelio viviente de su divino Hijo; es por sus virtudes que Dios ha querido acomodarse á nuestra capacidad, y así podemos mirarla sin fatiga, y admirarla sin interrupcion. Espuesta á todas las miradas, es permitido á cada uno contemplar el reflejo de sus virtudes, y esta comparacion de nosotros mismos con las virtudes de María, haciéndonos notar los defectos que han afeado nuestra alma por el pecado, nos inspirará el deseo, y la resolucion de imitar los ejemplos de virtud que Ella nos ha dado.» ¡Qué medio tan eficaz para conseguir la felicidad suprema que María goza hoy en la pátria celestial!

En el misterio de la Asuncion de esta benditísima Señora hemos aprendido que nuestra verdadera felicidad, únicamente se encuentra en el cielo, porque entonces terminan para siempre los tres grandes males que nos afligen sobre la tierra, la ignorancia, que lleva el error á la inteligencia, el pecado que pervierte el corazon, y las enfermedades y la muerte que atormentan el cuerpo; y que si bien es cierto que María, no habiendo contraido el pecado original, no espermentó sus funestos efectos, estaba sin embargo alejada de la pátria, sufriendo las tristísimas consecuencias del destierro que cesaron para siempre en el dia glorioso de su Asuncion á los cielos en el que Dios obró con Ella grandes maravillas, cosas grandes á que tambien nosotros debemos aspirar, suspirando incesantemente por llegar al cielo, meditando con provecho la vida de María, y siguiendo sin descanso sus pasos por el camino de las virtudes cristianas: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

¡Plegue al cielo que así suceda! A. H. M., porque entonces mirando con horror un mundo que nos seduce con sus atractivos, temiendo á las instigaciones continuas de nuestra concupiscencia que nos arrastra al mal, y precavién-

donos de las maquinaciones del infierno que se propone perdernos eternamente, trabajaremos con ánimo decidido por conquistar el cielo, lugar de descanso, de luz, y de paz y dicha sempiternas que nada, ni nadie podrá arrebatarnos para vivir con María delante del trono de Dios eternamente.

¡Oh! Madre amorosísima, hoy que recordamos el día de vuestro triunfo, partiendo rodeada de millares de ángeles de esta tierra erizada de espinas para subir al cielo á uniros para siempre con vuestro Hijo y vuestro Dios, no apartéis vuestra mirada maternal de esta tierra desolada. Volved á nosotros vuestros ojos misericordiosos, para alentarnos en el valle de las lágrimas, pues todavía permanecemos desterrados en él; y bien sabéis cuan necesario es que nos unamos con vuestro Hijo Santísimo, no solo en caridad perfecta, sino tambien en el cielo, donde se le ama sin temor de ofenderle jamás. Ayudadnos con vuestro patrocinio á subir hasta el monte santo desde donde nos contemplais, y que con Vos cantemos en su altura las alabanzas al que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA TREINTA Y UNO.

(ÚLTIMO DE LA NOVENA.)

La Coronacion de María Santísima confirma á los cristianos en el propósito de ser sus verdaderos devotos, y les dá los medios para perseverar hasta el fin.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Hemos estudiado, gracias sean dadas á Dios, A. H. M., en el mes que concluye hoy, dedicado especialmente al culto de la Virgen Santísima Madre nuestra, algo de lo mucho que debemos saber y practicar para conseguir la salvacion eterna, única cosa necesaria al hombre. Os decia al comenzar estos piadosos ejercicios, que nuestro intento en ellos habia de ser enmendar la vida, adelantar en el camino de la virtud y alcanzar la felicidad eterna. Grandemente nos ha facilitado nuestra empresa la consideracion altísima de María, objeto preferente de nuestros cultos en este mes; porque á esta Señora la hemos visto presidir nuestras meditaciones, ya considerándola como refugio de los pecadores, ya como modelo perfecto del verdadero cristiano, ya en fin contemplando á la humanidad glorificada en Ella por Dios.

¿Quién, despues de las estensas pero agradables consideraciones que hemos hecho, sabrá calcular el fruto que